

Iguana

Cristina Bendek



Era el año del gran apagón. Se oía algo en el techo: un arrastrar de cosas, de cables, de piedras pequeñas, de garras. Cada noche, yo golpeaba el techo con el palo de una escoba. La iguana y la rata que peleaban ahí, no me dejaban dormir. O más bien, no me dejaba dormir el miedo de no saber qué pasaba, por qué se enfrentaban rata e iguana, cuál era el problema que intentaban resolver, por qué peleaban en mi techo.

Según los relatos, los hombres se desafían físicamente solo a través de sus avatares, evitan hacerlo en su sustrato humano para que sus poderes no queden expuestos a las debilidades que les ocasionarían los chismes. Es una regla informal de la lucha. Poder: aquello que se obtiene con el triunfo, dinero, tierras, mujeres, suerte.

Poco antes de la medianoche, empezaba la justa, y terminaba antes del amanecer. Había pausas. Entonces, había silencio y yo dormía. Pero mientras sonaban los ruidos yo volvía a prender los velones, reparaba las sombras inquietas de mis pelos retorcidos, las leía, en las paredes y en el techo, como quien interpreta una mancha de chocolate en el fondo de una taza. Mientras tanto, relacionaba cada sesión en una bitácora.

Fecha:

Intervalo horario:

Crujidos: 1-2-1-2-3-4-5-1

Chillidos: o

Ruido contundente: 1-1-2-1-1-2

Ruido metálico: sí

Observaciones:

Chillidos, ninguno. Y por eso sabía que eran avatares. Una rata chillaba. También lo supe desde la primera noche, el día del primer corte de luz, porque al siguiente día no olía a rata. La justa para mí eran esos ruidos crepitantes y, en el cenit de cada encuentro, los revolcones pesados, lentos, que hacían vibrar las maderas; las fieras, una caliente y la otra fría, andaban buscando derramar la sangre. En esa fase agitada yo me repetía: esta es la mitad, la justa no es conmigo, esta es la mitad, y sudaba, del dolor.

El final de la justa era una parsimonia. Una entidad evacuaba lento mi territorio desde el noreste y, la otra, desde el sur, lento, una hora antes del rayo de sol. Yo llevaba los velones al escritorio y dejaba la bitácora para el día siguiente. En la mesa de noche un cenicero y un vaso con agua. El día para mí empezaba más tarde, cuando el calor ya no dejaba a los espíritus levantarse, y los viejos estaban echados en las barcas.

Esos días no me servían para nada. Dormir no. Escribir no. Salir no. A las cuatro de la tarde pasaba el sofoco y otra vez la brisa débil de abril hacía de llamado. Sangre debía correr en mi techo para que las justas pararan, así decían los relatos, pero yo era incapaz de ofrecer la mía. La de un pollo o una lagartija, igual de incapaz. Con el primer canto de grillos se iba la electricidad, era un interruptor: ahora no está, ahora está. El grillo. Ahora

está, ahora no está. La luz. Y cuando iba a llover era más angustiante, los cuerpos mojados de los hombres buscando poder y romper vida en un ejercicio de justicia propia. Las piedrecitas, las garras contra el cemento, las colas largas contra el tablado. Si llovía, me daba cuenta de menos cosas. No encendía casi los velones, solo una vez, si es que amainaba, y registraba solo el cenit, tumbada la rata, tumbado el hombre.

Era mayo, un mes en el que no llueve, no hay mangos ni cangrejos.

Un martes, repasaba en el estudio: los crujidos, ningún chillido, los arrastres. Esa madrugada solo había evacuado un espíritu por el sur. Releía el registro y repintaba el dolor, por qué se enfrentan los hombres en mi techo, qué es lo que ambicionan sus espíritus, de quién será la sangre que finalmente corra. Antes de que la luz se fuera, subí al cielorraso y comprobé de nuevo que no había ningún rastro animal. El relato dice que no hay que intervenir en las justas de los *obiás*, porque los brujos son vengativos. Pero entre el calor del cielorraso y el mareo del insomnio, invoqué yo misma la entidad de un gran gato, y desterré, según mi imaginación, las imágenes de la rata y de la iguana incapaces de entrar, afuera de mi techo, blindado hasta de la brisa. El sueño me tumbaba. Bajando por la escalera, sonaron juntos, el grillo y el apagón.

Eran las cinco de la tarde, y la brisita trajo un dejo de corrupción. Esa brisa del noreste me hizo oler carne sudada y vieja, acidez metálica.

Asomé la cabeza. Los omoplatos de una rata descabezada se pegaban al cuero gris y marrón, la sangre caliente, líquida, brotaba por el hueco del axis roto. Una mancha roja al lado del cuerpo flácido describía la ruta de un desplazamiento. La cola, gruesa y tiesa, mordisqueada. Sin cabeza, anónima también, como lo son, en el espíritu, todas las muertes. Una sola muerte. Con una escoba, monté el cuerpo a un recogedor, y lo deposité en una bolsa negra.

Varios minutos después, oí un primer alarido que me dejó aturdida. Me asomé. Los vecinos salieron a

los pórticos, se oyó otro grito igual, pero de otra voz, y otro más. Nos buscábamos las miradas. Alguien se desmayó, y luego alguien más. Quien pudo vocear lo visto fue, finalmente, una cocinera: al pie del guayabo de este patio de atrás, apareció la cabeza suelta de un hombre.

El gran apagón se acabó y ahora la electricidad se va a veces, cualquier día, en vez de todas las noches. El cuerpo decapitado del comerciante se encontró en una bolsa negra, días después del hallazgo del guayabo. Ya no llevo ninguna bitácora, ni me despierto a registrar los ruidos. Voy caminando de noche. Me persiguen los gatos.

